

En sus silencios oye la voz del misterio que le dice:

«Tu boca frutal se entreabre mejor que los rosados ciruelos y estás llena de llamas y sonidos. ¡Vete a la pradera y desgrana en la noche tus cantares!»

Y canta. Y acomoda su actitud a las sollicitaciones del instante:

«Si hoy me llama no podré ir. La noche es oscura y los ojos no ven siquiera mi propio camino. Por pueril pasatiempo hago sonar violentamente las pulseras y cambio en sollozos el tono de mi canción».

Trémolos y crisis de un alma genuinamente femenina.

No hace falta, ciertamente, el verso en estas canciones. Lo reemplaza la afinación de las palabras, intuitivamente sometidas al ritmo subverbal de las sensaciones biológicas.

No juzgamos literariamente una obra. Anotamos impresiones. Claro es que estas Canciones de Amor acusan influencias o recuerdan acentos parecidos. Así, a Pierre Louis, cuando imitaba voces orientales. A poetisas griegas. Al grande y exquisito Rabindranath, diciendo de amor. Pero la entonación pasional de Amorosa es tan ferviente y tan conmovida en sus trepidaciones anímicas, que nadie podría equivocarse las zonas de donde arrancan las raíces de su canto.—J. L. L.



«RENOVALES», por Maite Allamand.

Maite Allamand, nombre de hechura gala con sabor provenzal, ha escrito una hermosa novela criolla, estrictamente chilena. Tan chilena que Nicomedes Guzmán, hábil capataz de las

letras nacionales jóvenes, no titubeó en lanzar la obra bajo el sello de la empresa que asesora: la Editorial «Cultura». No se ha equivocado una vez más el autor de «La Sangre y la Esperanza» porque la obra de Maite Allamand vence todos los prejuicios que el lector puede incubar en el instante de abrir el libro. «Renovales», el título de la obra, evoca los arbustos sureños, tozudos para multiplicarse después de los roces, como los críos de los pobres y la obra misma demuestra que una mujer puede escribir un libro sin adosarlo en simple literatura. Su estilo es sobrio, directo, sin que la autora se oiga como lo hacen por lo general las mujeres: su descripción es castigada y pulcra, su diálogo sugerente, humano. Esto último no quiere decir que la obra no fué construída literariamente, al margen de esa espontaneidad trivial y majadera que tanto nos daña. Se adivina en Maite Allamand una lectora impenitente. Su resultado desde ese punto de vista es halagador, pues la obra sencilla y grácil, ajena a la reminiscencia literaria excesiva, demuestra que las grandes experiencias artísticas ajenas se han asimilado, produciendo un fruto limpio, de personal categoría. Muy singular en el ámbito de nuestra literatura criollista. Sin embargo, Maite Allamand no solamente describe. Nos da el paisaje sureño, húmedo enmaderado y verde que caracteriza la región de Traiguén, pero también nos presenta una familia integrada por una mujer resignada y sufrida, como debe ser la mujer chilena del pueblo campesino o urbano, y por un hombre, tipo gañán, bohemio y borracho que, por supuesto, se renueva en numerosos hijos. La acción de la obra es simple y su valor reside justamente en tal simplicidad que va diseñando los caracteres sin disertación, dejándolos vivir solamente. La naturaleza es hostil, pero se distingue pródiga a los seres humanos que la habitan y que no saben aprovecharla con utilidad, lastrados, como están, por el fatalismo y el vicio. Es justamente el hombre, cuya ausencia y presencia gravitan sin reposo sobre el hogar, quien destruye la esperanza de su organización y prosperidad. Maite Allamand no exagera el

acento trágico como pudiera hacerlo, en otro aspecto, Pearl Buck en «La Buena Tierra», cuya forma pausada y bíblica nos recuerda. Se debe quizá este resultado a que la estilización literaria está amalgamada de modo imperceptible con la observación justa y humana de la obra, en bien de una impresión fresca de la vida, tal como ella debe surgir en la literatura. Apenas nos atreveríamos a observar que la autora recurre a pequeñas repeticiones para hacer más sugerentes sus sensaciones de movimiento, encajadas en el paisaje diurno y nocturno. Mas eso casi nada significa en el conjunto de esta obra breve que, sin perjudicar su brevedad, logra darnos un certero ambiente humano y artístico.—L. M. R.



INTERLUDIO MENDOCINO, por *Vicente Nacarato*.

Hemos tenido oportunidad de recibir una nueva obra del poeta argentino, Vicente Nacarato, conocido en el ambiente de las letras de la República hermana por su fecunda producción literaria, de reconocido mérito.

*Interludio Mendocino*, que es la obra en referencia, es su primer ensayo en prosa.

Como buen criollo y hombre amante de su terruño, nos hace de su pueblo, Mendoza, lugar en que se desarrolla la mayor parte de los relatos, una exposición vívida llena de colorido y con un profundo sentido humano. Gracias a su estilo ameno la obra puede ser leída con agrado, pese a cierto afán por detenernos con numerosas sentencias.

Sus personajes van apareciendo casi imperceptiblemente, y en perfecta concordancia con el ambiente que les rodea, lo que le da naturalidad y contenido al relato. En algunas escenas el realismo alcanza riberas felices, como por ejemplo, en aquel capítulo en que nos habla de su primera salida al campo, cuando niño, en compañía de su padre, figura que aparece muy acentua-